

Carmen Torrijos y José Carlos Sánchez

# La primavera de la inteligencia artificial

IMAGINACIÓN, CREATIVIDAD Y LENGUAJE  
EN UNA NUEVA ERA TECNOLÓGICA



DISEÑO DE CUBIERTA: PRODIGIOSO VOLCÁN

© CARMEN TORRIJOS Y JOSÉ CARLOS SÁNCHEZ, 2023

© LOS LIBROS DE LA CATARATA, 2023  
FUENCARRAL, 70  
28004 MADRID  
TEL. 91 532 20 77  
WWW.CATARATA.ORG

LA PRIMAVERA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL.  
IMAGINACIÓN, CREATIVIDAD Y LENGUAJE EN UNA NUEVA  
ERA TECNOLÓGICA

ISBN: 978-84-1352-689-8  
DEPÓSITO LEGAL: M-13580-2023  
THEMA: UX/UUQ/GTC

IMPRESO POR ARTES GRÁFICAS COYVE

ESTE LIBRO HA SIDO EDITADO PARA SER DISTRIBUIDO. LA INTENCIÓN DE LOS EDITORES ES QUE SEA UTILIZADO LO MÁS AMPLIAMENTE POSIBLE, QUE SEAN ADQUIRIDOS ORIGINALES PARA PERMITIR LA EDICIÓN DE OTROS NUEVOS Y QUE, DE REPRODUCIR PARTES, SE HAGA CONSTAR EL TÍTULO Y LA AUTORÍA.

# ÍNDICE

PRÓLOGO. FRANKENSTEIN ATRAVIESA  
EL VALLE INQUIETANTE, por Mario Tascón 11

INTRODUCCIÓN 19

1. IMAGINAR PARA COMPRENDER 23

2. LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL PUBLICADA 34

3. INTELIGENCIA ARTIFICIAL Y LENGUAJE 70

4. GRANDES MODELOS DE LENGUAJE 95

5. DISTOPÍAS COTIDIANAS 137

6. LA ILUSIÓN DE LA DECISIÓN 178

7. EL EFECTO ORÁCULO 199

8. CREATIVIDAD ARTIFICIAL 227

9. CONSTRUIR SENTIDO COMÚN 249

EPÍLOGO 261

AGRADECIMIENTOS 263

GLOSARIO 265

BIBLIOGRAFÍA 275

# Introducción

Como te imaginarás, intentamos varias veces que este texto lo escribiese un sistema de inteligencia artificial. El que fuese, no nos importaba. Buscamos lo que siempre —o prácticamente siempre— aparece asociado a la inteligencia artificial (IA): eficacia, rapidez... y, sobre todo, poder librarnos de una buena carga de trabajo. La verdad es que no lo logramos. Pese a todos los avances del mercado, pese a todas las noticias y grandes anuncios que llenan libros, periódicos y exposiciones, pese al gran *boom* de la inteligencia artificial, palabra del año 2022 según FundéuRAE, la distancia entre lo que prometía y lo que finalmente pudimos hacer con ella resultó más grande de lo esperado. Tal vez no estamos en el punto en el que creíamos estar.

Este trabajo nace de esa sensación, quizá de esa necesidad, la de comenzar a ordenar y explicar mejor el gran elefante que tenemos en la habitación. La inteligencia artificial no es ni un término ni un área de investigación nueva, recién descubierta o exclusiva del siglo XXI. Todo lo contrario. El término se considera acuñado desde 1956, año en el que se celebró la Conferencia de Dartmouth, en Estados Unidos, y John McCarthy habló de inteligencia artificial para englobar a los sistemas con la capacidad de realizar funciones asociadas al intelecto humano. Ese momento es un hito básico para todo aquel que haya tenido algo más de contacto con la materia, pero quizá es un lugar

totalmente desconocido para quien, pese a convivir —y usar— cada día la inteligencia artificial, no ha sentido hasta ahora la necesidad de saber más. Eso sí, el concepto ha ido transformándose y sofisticándose, y hoy es una tecnología mucho más avanzada y mucho más presente en el día a día de las personas que la que nombró McCarthy en los años cincuenta.

Porque la inteligencia artificial está ahí. La usamos todos los días. No logramos que nos escribiera el libro, pero sí que nos ayudó con parte del proceso. La hemos usado y la usas seguramente tú que lees estas páginas, mucho más que en tus visitas ocasionales a chatGPT. En una búsqueda web, en la respuesta de un correo electrónico, cada vez que compras en la web de un comercio o directamente cuando vagas minutos —¿horas?— buscando qué ver en cualquier plataforma audiovisual. La has utilizado y seguramente también alguien más lo haya hecho para tomar alguna decisión sobre ti. En la criba de un currículum, en la ordenación de alguna convocatoria o en el cálculo de la prima de un seguro.

En la práctica, esto supone que nuestra vida esté atravesada en cada vez más aspectos por una serie de sistemas y algoritmos de los que en realidad apenas sabemos nada, y lo que conocemos o intuimos es siempre a través de un relato mediado: una película, una cobertura informativa, una serie o un pódcast. Porque está la inteligencia artificial y luego está la percepción de las personas sobre la inteligencia artificial, y esa es una de las claves de todo este asunto. El hecho de que ahora, frente al discurso del progreso lineal y la eficiencia —la IA como optimización—, también se abran hueco con regularidad visiones sobre el componente ético y humanista no tiene tanto que ver con la tecnología en sí —para qué sirve, qué se investiga, qué hace—, sino con los discursos o debates generados en torno a ella.

Este trabajo es en parte la memoria ordenada de muchas conversaciones en torno a titulares, artículos, informes de tendencias, vídeos y publicaciones que nos recordaban continuamente una idea fundamental: el modo en que nos contamos a nosotros mismos la historia de un avance tecnológico va dando forma al pensamiento colectivo y termina condicionando

su recorrido e impacto. El lenguaje, por tanto, es un elemento fundamental en la configuración de nuestros imaginarios, especialmente los colectivos, y en el caso de la inteligencia artificial lo es en dos direcciones: no solo en las palabras que elegimos para hablar de ella, sino también en cómo los sistemas lanzan sus propias producciones lingüísticas, cada vez con más calidad.

Este imaginario común en torno a la IA está cada vez más lejos de ser homogéneo y se construye de diferente manera en función de cuánto sabemos sobre cómo funciona la tecnología. Para muchas personas de nuestro tiempo, la inteligencia artificial es un mundo de robots y cerebros sintéticos que provoca miedo y desconfianza, mientras que para unas pocas es una herramienta de trabajo, una especialización laboral o una sala llena de servidores en una nave industrial en Irlanda.

Esta distribución irregular del conocimiento ha generado una gran distancia, de forma que, los que más saben, cada vez saben más y, los que menos saben, cada vez saben menos, y que se suma al resto de brechas al tiempo que es su consecuencia directa: la brecha generacional, la que deja atrás definitivamente a personas mayores que ya tenían dificultades para entender la tecnología en el nivel usuario; la brecha de género, la que hace que las mujeres se interesen menos por las carreras tecnológicas; la brecha socioeconómica, la que no permite el acceso a la formación en igualdad de oportunidades, y, finalmente, la brecha disciplinar, la más desconocida, la que bloquea a las personas en un área de estudio desde la juventud y las convence de que la tecnología es para ellas un terreno inaccesible.

Nuestra intención con este libro no es solo ayudar a reducir estas brechas. Nuestra motivación auténtica y la tarea en la que hemos centrado nuestras energías ha sido más bien colocar un telescopio en cada uno de los extremos, para que las personas que viven en ellos puedan asomarse brevemente a lo que está ocurriendo en el otro. Hemos intentado despertar la curiosidad, invitar a un espíritu crítico e informado, pero optimista,

y tirar barreras que se han levantado sin darnos cuenta y que ya no ayudan a nadie.

Como pasarela y guía hacia la inteligencia artificial, hemos elegido las tecnologías para el procesamiento del lenguaje natural, lo que llamamos PLN. Captamos la atención con la IA que habla para, a partir de ahí, comprender cómo lo hace, cómo hablamos de ello —como ciudadanos, como medios, como empresas— y cómo podemos, a través del lenguaje, contribuir al desarrollo de un sentido común ciudadano más abierto y más informado, que entienda la inteligencia artificial en su sentido más amplio.

Huelga decir que este es un trabajo abierto. Puntual. Una muesca en una carrera rapidísima e incluso exasperante en ocasiones. Seguramente ahora, en el momento en que estás leyendo esto, muchas cosas que decimos han cambiado o se han matizado. Ojalá las brechas ya no existan. Entre tanto, nosotros hemos buscado —con humildad, con conciencia de nuestros límites— sacar adelante un material actual y relevante, lo menos caduco que pudiéramos, para que la información y la reflexión te acompañen durante mucho tiempo.

Te damos la bienvenida. Comienza el viaje.



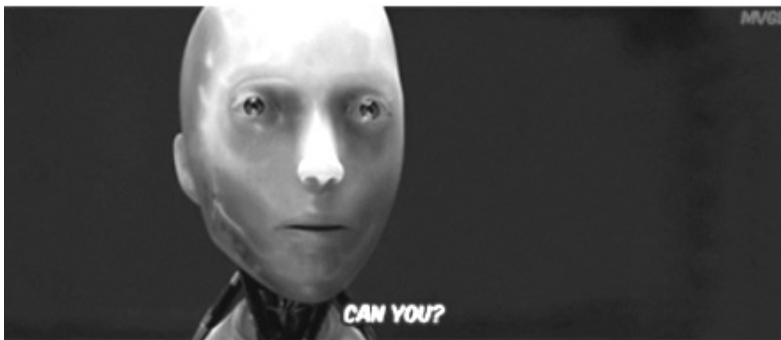
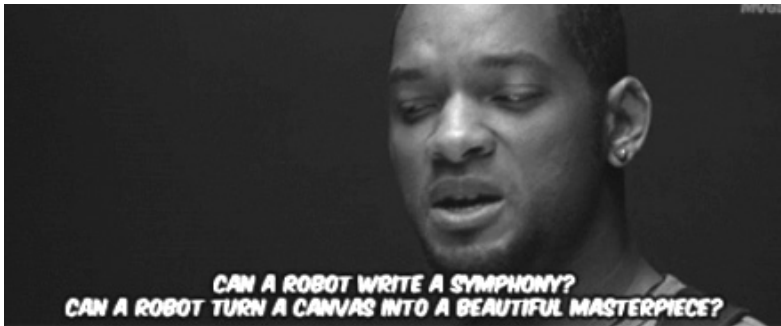
# 1. Imaginar para comprender

## **Una construcción simbólica**

La inteligencia artificial dista mucho de ser solo un término estrictamente científico o tecnológico. En gran parte, se trata de una convención social en continua reconstrucción y diálogo no solo entre ámbitos científicos, sino también comunicativos, sociales y artísticos.

## CÓMO ORGANIZAMOS EL MUNDO

Una escena de *Yo, robot* (Alex Proyas, 2004) se ha convertido en un meme recurrente en la red. En ella, el detective Spooner, interpretado por Will Smith, interroga a Sonny, el robot que interpreta Alan Tudyk y es sospechoso por la muerte del científico y fundador de la empresa USR Robotics, fabricante también de Sonny. Justo antes de entrar en la sala, Spooner, que tiene una profunda animadversión contra los robots, guiña el ojo a un compañero.



Fuente: <https://bit.ly/41yMfIA>.

Sonny: ¿Qué significa esta acción? Antes de entrar, cuando miró al otro humano. ¿Qué significa? [Sonny guiña el ojo]

Spooner: Significa confianza. Es algo humano. No lo entenderías.

Sonny: Mi padre intentó enseñarme las emociones. Son... muy... difíciles.

Spooner: Te refieres a tu diseñador.

Sonny: Sí.

Spooner: ¿Por qué lo mataste?

Sonny: Yo no maté al doctor Lanning.

Spooner: ¿Entonces por qué estabas allí escondido?

Sonny: Estaba asustado.

Spooner: Los robots no sienten miedo. No sienten nada. No tienen hambre. No duermen.

Sonny: Yo sí. Incluso he tenido sueños.

Spooner: Los seres humanos tienen sueños, los perros también, pero tú no: solo eres una máquina. Una imitación de la vida. ¿Puedes componer una sinfonía? ¿Puedes convertir un lienzo en una hermosa obra de arte?

Sonny: ¿Puede usted?

Spooner traga saliva, se recompone y, tras un breve silencio, cambia de tema. Se podría pensar que Sonny pregunta como simple curiosidad, pero nada en la escena parece indicarlo. Para Spooner, un robot podía ejecutar tareas, pero no crear arte; tampoco tener sentimientos. Eso le diferencia de los humanos, de él, es la frontera establecida en su visión del mundo. Sin embargo, la respuesta cortante de Sonny sacude su idea sobre qué es y qué no es un robot. Si yo tampoco puedo componer una sinfonía, ¿estoy más cerca del robot? Su imaginario, lo que ordena su percepción del lugar que ocupa Sonny y el que ocupa él, se resquebraja. El planteamiento tiene un punto de hipérbole, pero muestra hasta qué punto lo que consideramos que marca la diferencia entre un robot —y en este caso también una IA— y el ser humano no deja de ser un conjunto de construcciones mentales.

Muy vinculado a la investigación en ciencias sociales, el imaginario colectivo alude al conjunto de mitos y símbolos que en cada momento organizan el sentido común general mientras que, para otros, es una especie de espíritu colectivo (Paul, 2019). Son varios los autores que han reflexionado sobre el origen, construcción e importancia del imaginario para comprender cómo se estructuran las sociedades, pero, sin ánimo de complejizarlo mucho, podemos convenir que un imaginario

ordena nuestra visión del mundo de forma simbólica. Organiza la realidad al mismo tiempo que la dota de códigos, también morales y éticos, y cohesionan sociedades, como los relatos y las grandes narrativas.

Estas creencias compartidas son el sostén de nuestro mundo, de lo que entendemos por realidad. Una persona que pinta un cuadro puede lograr una obra de arte; un robot puede llegar a pintar un cuadro, pero no logrará una obra de arte. Pintará, pero no creará. Va en contra del imaginario dominante.

## MUNDO IMAGINADO

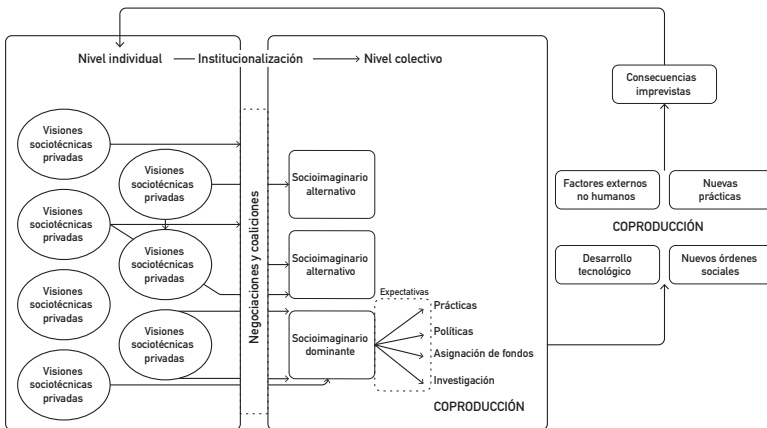
Sheila Jasanoff, profesora de Ciencia y Estudios de Tecnología de la Harvard Kennedy School, plantea que la innovación tecnológica y la ciencia ficción tienen más puntos en común de los que se podría pensar (Jasanoff y Kim, 2015). Para ella, detrás de la etiqueta del género se encuentran también fabulaciones utópicas o distópicas de cómo debería ser el mundo. Sin embargo, explica Jasanoff, aunque la tecnología acostumbra a ser vista como máquinas y aparatos contruidos, muchos de los atributos que damos a la misma son, en realidad, construcciones sociales, construcciones imaginadas —aunque no necesariamente inventadas—. Imaginar no es inventar, porque para imaginar partimos de percepciones. Frente a teorías anteriores, Jasanoff recoge la tradición de la sociología interpretativa y apunta, también en el caso de la ciencia y la tecnología, al total de la sociedad y no solo a grupos específicos. Es lo que denomina *imaginarios sociotécnicos* (Rudek, 2022).

Todo esto sería en parte el resultado de una negociación entre visiones privadas —individuales, pero también empresariales y gubernamentales— y narrativas institucionalizadas. Aunque pueden configurarse imaginarios alternativos, es finalmente el dominante el que terminará por guiar, vía expectativas, las decisiones en torno a la investigación, políticas públicas, hábitos sociales y decisiones de inversión. A su vez, el resultado de esas

mismas decisiones —por ejemplo, un chatbot que “aprenda” a ser racista o un coche autónomo que provoque un accidente— se traduce en consecuencias que también se suman al imaginario. Sin olvidar otros factores totalmente ajenos a la acción humana o nada relacionados, en nuestro caso, con la tecnología.

Por eso, un imaginario es más proceso que producto. Arroja los mitos que admiramos y los monstruos de los que huimos en una recirculación constante de imágenes. Supera a los símbolos que lo componen en tanto que los reinterpreta y dota de nuevo significado. Y rara vez es el resultado de procesos o decisiones racionales. Está, no obstante, muy vinculado al entorno y la realidad particular de cada territorio o espacio. Un buen ejemplo de esto es que, mientras en Europa ha existido siempre cierto rechazo a la robótica, no ocurre así en Japón.

#### CICLO DE IMAGINARIOS SOCIOTÉCNICOS



Fuente: Rudek (2022).

Esto significa que la IA opera tanto en las narrativas científicas como en las de ficción. Dos mundos que muchas veces encuentran su punto de encuentro en los medios de comunicación y la cultura popular. El trabajo de Jasanoff sugiere que pretender limitar la comprensión de qué significa o supone la IA a lo estrictamente científico o tecnológico es un sinsentido,

porque la inteligencia artificial es también una construcción simbólica erigida a través del lenguaje —entendido este como base de muchas otras expresiones—.

Pensar en posibles imaginarios sociotécnicos ayuda a reflexionar sobre cómo durante la crisis económico-financiera de 2008-2013 la respuesta siempre fue la innovación y el emprendimiento, *ser parte de la innovación, crear tu propio negocio*. El marco retórico de muchas de las propuestas de salida a la crisis pasaba por esa idea. Esto genera unas expectativas —atribuye garantías desmedidas a cualquier iniciativa etiquetada de innovadora—, pero también refuerza o institucionaliza relatos como el de la superación y el esfuerzo individual. Algo parecido ocurre con la IA, convertida en vehículo de la máxima innovación posible; de nuevo, las expectativas. Ocurre también con los mensajes de que quienes desarrollan la IA no buscan otra cosa más que mejorar la vida de todo el mundo, democratizar el progreso. Y lo mismo podríamos encontrar en otros imaginarios sociotécnicos actuales como la transición energética.

Sin embargo, en tanto que no son estáticas, estas “visiones colectivas de futuro y de progreso” (Rudek, 2022) son también coproducidas, de forma que las ideas y propuestas científicas evolucionan al mismo tiempo que su representación. Es además una forma de explicar cómo influyen las visiones de los públicos legos en cuestiones científicas —incluidos profesionales del periodismo, la comunicación— en los propios agentes científicos e institucionales; por ejemplo, a la hora de diseñar el plan de comunicación de un avance tecnológico (*ibid.*, 2022). Algo que se puede rastrear en el uso de metáforas o imágenes recurrentes desde las grandes producciones cinematográficas hasta los *papers* académicos.

## ENMARCAR EL SIGNIFICADO

El significado y la trascendencia dada a la IA no se puede desligar, por tanto, de las dinámicas de trabajo y producción de, entre otros grupos, los medios. Sin embargo, la realidad mostrada

por un medio de comunicación siempre será parcial o atenderá más a unos intereses que a otros de la misma forma que una noticia, un reportaje o una crónica no son nunca un camino de un solo sentido: el significado siempre se reelabora en la mente del destinatario. Esa transmisión de sentido responde en cierta medida a lo que en teoría de la comunicación se conoce como *framing* o enmarcado.

Nuestra imagen del mundo nunca es completa, siempre está enfocada, dirigida. Qué hacemos y cómo interpretamos y valoramos muchos de los acontecimientos y situaciones que nos afectan tiene más que ver con nuestra imagen del mundo, lo que entendemos por tal, que con lo ocurrido en sí. En otras palabras, nuestra visión del mundo no es tan racional como nos gustaría pensar.

Estos marcos, con diferentes interpretaciones aunque muy usados en el mundo de la investigación sobre comunicación, conectan en cierto sentido los marcos mentales de quien emite un mensaje con los de la persona que lo recibe. El de los periodistas con el de los lectores y usuarios; el de un equipo de comunicación empresarial con los periodistas. Pero también el de los equipos de campaña con los votantes, o el de los gobiernos con los ciudadanos. Y así en tantas otras combinaciones.

La idea la popularizó George Lakoff. Con *No piensen en un elefante. Lenguaje y debate político*, Lakoff (2017) pronto se convirtió en uno de los autores predilectos en el campo de las ciencias políticas y la sociología. De forma muy resumida, el trabajo de Lakoff pone de relieve que las decisiones tomadas por la gente en un contexto, como el electoral, distan mucho de ser decisiones racionales. Frente a la idea de que, ante un hecho bien explicado y basado en datos, una persona terminará por asimilarlo y basar sus decisiones en esa información, el lingüista apunta todo lo contrario al sugerir que la gente piensa mediante marcos y son estos los que dan realmente sentido a los mensajes. Es la razón por la que en política, por ejemplo, una bajada de impuestos se presenta como un alivio fiscal.

También es el motivo detrás de que, para lograr una campaña de desinformación de éxito, más que una mentira con una excelente apariencia de verdad baste un mensaje burdo que apele al sentimiento adecuado de quienes ya piensan igual: conectar con el marco adecuado y enardecerles.

Los marcos cognitivos pueden ser entendidos también como las lentes con las que miramos muchos de los anuncios y las noticias referentes a la inteligencia artificial. El temor a la sustitución puede ser un marco tan válido como el de la esperanza del trabajo colaborativo o la apuesta de las capacidades *humanas aumentadas* —“no importa lo que mejore la IA, porque siempre me hará mejor humano, persona o profesional”—. Unos con otros, en continua reelaboración, terminan por sumar a la construcción del imaginario sobre IA que aquí nos concierne. Porque aunque existan marcos individuales, siempre se completan con otros sociales.

Por eso, en un debate es importante no *comprar* o *caer* en los marcos del adversario para rebatirlos. Por mucho que se argumente y se ofrezcan hechos y datos relevantes, en ningún caso podrás *ganar* el marco si previamente has legitimado el del otro con tu discurso. El lenguaje no es neutral, sino que implica una carga semántica. Pensemos en el caso de la IA. ¿Qué ocurre cuando hablamos de que es necesaria una *inteligencia artificial humanista* o *de carácter humano*? Estamos construyendo un marco en el que aludimos a una supuesta confianza en la idea de que, por mucho que avance un desarrollo tecnológico, lo humano —la persona— prevalecerá.

En política los marcos se disputan. De ahí el éxito del trabajo de Lakoff y la matraca de relato, relato, relato en los últimos años. La política en un sistema electoral se puede entender como disputa: convencer para ganar elecciones. De eso se trata, pues en ese plano se relacionan una cantidad nada desdeñable de personas. Pero existen otros campos donde, o no existe esa necesidad o presión por disputar, o los contrarrelatos apenas encuentran eco. La innovación —en parte de los últimos años— ha podido ser uno de ellos. Aunque se aprecian



vientos de cambio, durante mucho tiempo la solución siempre era tecnológica e innovadora. Cualquiera. Y con procesamiento de datos. El marco termina incluso por comerse a los relatos hasta vaciarlos de significado y bloquear la crítica o la mirada alternativa. ¿Quién no querría ser innovador? Disruptivo, concretamente. ¿Y quién no querría ser creativo? Nostálgicos del pasado en todo caso. Pasó en su momento con el *big data*, elevado a la categoría de paradigma.

## IMÁGENES ALTERNATIVAS

Buscar expresiones alternativas y multiplicar los marcos existentes es importante porque los imaginarios también pueden ser un recurso limitante. Reflejan estructuras de poder, y también de legitimidad. Cuando instituciones como la Comisión Europea abogan por regular la privacidad y por una manera europea de digitalizarse, están también interviniendo sobre el imaginario en torno a la inteligencia artificial, a través de marcos como el de la seguridad y la privacidad. Lo mismo hacen las compañías detrás de los últimos desarrollos. Pero para ello no solo cuentan con los recursos propios de sus organizaciones, sino que también aprovechan toda una miríada de productos y expresiones culturales.

Ahí, y en el lenguaje utilizado por los medios, es donde se fusionan los intereses de unos con el descubrimiento de otros. Las metáforas son manos que moldean el barro de las expectativas. Hemos naturalizado expresiones como que la IA aprende, piensa. Pero cada vez son más las voces que alertan del riesgo que entraña atribuirle características y comportamientos humanos —razonar, decidir, imaginar, crear—. Para el poeta y director del Instituto Cervantes, Luis García Montero, por ejemplo, la inteligencia artificial se ha convertido “en el estribillo y en el nuevo Oeste de los buscadores de oro” (García Montero, 2022), además de estar dominada no solo por el inglés, sino también por una ética definida en el paradigma “hombre blanco protestante”.

Atender al lenguaje y explorar la construcción del imaginario a través de él facilita corregir el rumbo por el que no pocas veces la tecnología aparece como una fuerza determinista libre de toda condición social o política. También gestionar las expectativas y contrarrestar las imágenes poderosas, algunas casi fundacionales, como la pregunta de si pueden pensar las máquinas planteada por Alan Turing en 1950 al presentar el juego de la imitación.

Ese interrogante guía no pocas de las imágenes y narrativas posteriores en torno a la IA. Pueden cambiar los personajes, pueden cambiar los escenarios, pero siempre se repite el mismo esquema: se solidifica. Otras pasan a ser auténticas metáforas colectivas, como el robot humanoide. Ideas que cristalizan y provocan que cuando una IA “escribe” una película nos sorprenda que no la haya hecho de ciencia ficción (Zorrilla, 2022). O que al buscar “inteligencia artificial” en un buscador web, la mayoría de imágenes que nos devuelva incorporen ese característico azul tecnológico, acompañado de neuronas, luces y velocidad.

## DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL A LA IMAGEN DEL FUTURO

La inteligencia artificial ha ganado en los últimos años una entidad propia. Cerca de la ciencia, pero más próxima en el discurso público a la tecnología que al descubrimiento científico. A través del lenguaje podemos desentrañar cómo se ha construido y construye la representación social actual de la IA, su imaginario.

Podemos, además, ordenar todas estas expresiones sobre la IA —en estas páginas recogemos varias de todo tipo y procedencia— como parte de un imaginario más amplio que sería el del futuro.

Imaginar *bien* el futuro no es tan fácil. A los humanos, aunque no nos los parezca, se nos da bastante mal (Ford, 2021). Ningún futuro está libre del pasado ni del presente. En ocasiones

se defiende que, aunque lo llamemos futuro, lo que realmente estudiamos son *presentes futuros*. Imaginamos el futuro a la luz de las experiencias pasadas y los acuerdos sociales actuales; también de sus esperanzas. Es más fácil que imaginemos un futuro descarbonizado que nuclear. Por eso también se nos da tan mal pensar en posibles futuros alternativos a pesar de que nos ayudemos con horizontes concretos en forma de fechas y nombres, una artimaña en realidad para reducir la incertidumbre que provoca. La dificultad no está en las predicciones, sino en conectar los puntos. No apostar solo por una gran tendencia como puede ser la IA, sino en las ramificaciones y conexiones que puede encontrar con muchos otros campos; conectar las perspectivas más macro con los aspectos más cotidianos.

Hoy la IA puede parecer un tren que arrolla en el sentido discursivo, llevándose por delante todo lo que encuentra a su paso. Es importante desgranar su imaginario y analizar si estamos manejando adecuadamente la información, si estamos haciendo accesible todo ese conocimiento para contribuir a una sociedad mejor. Un último apunte: la ciencia ha llegado al Parlamento en España, con la nueva Oficina de Ciencia y Tecnología del Congreso de los Diputados, denominada Oficina C, inaugurada en noviembre de 2022 (Ansede, 2022). No sin razón, uno de sus primeros cuatro informes gira en torno al uso de la IA en medicina, y quedan muchos por venir.